

CAPITULO II.

LA INSTITUCION DE LA VICEPRESIDENCIA

EN LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.

(ESTABLISHMENT OF THE OFFICE OF VICE-PRESIDENT OF THE UNITED MEXICAN STATES.)

Para las naciones regidas por instituciones republicanas, ha presentándose siempre y sigue presentándose un importante problema de tan delicada cuanto apremiante resolución: el de la substitución normal y pacífica de la jefatura del Poder Ejecutivo, cuando el ciudadano constitucionalmente electo para desempeñar las altas funciones de Presidente de la República no puede, por cualquier motivo, terminar su período gubernativo legal ó se ve obligado á separarse temporalmente de la suprema magistratura.

Y si éste ha venido siendo un problema arduo para todas las naciones de régimen republicano, cualesquiera que sean sus condiciones de cultura, de experiencia cívica y de temperamento nacional, es de señalada importancia para las Repúblicas de la América Latina, cuyos trastornos políticos durante su vida independiente, han tenido casi siempre por origen substitución del Poder Ejecutivo.

La República Mexicana, que ha entrado francamente en una era de paz y de progreso y que ha comprendido que el más noble deber de sus ciudadanos consiste en esforzarse por mantener esa tranquilidad tan fecunda y benéfica para el bienestar nacional, previendo juiciosamente los acontecimientos que pudieran sobrevenir, allanando los obstáculos que parezcan oponerse á la continuación indefinida de la paz, y previniendo los peligros de futuros desórdenes tanto en las deficiencias de su organización política como en las imperfecciones de la madurez ética de su pueblo, no ha titubeado en enfrentarse resueltamente con el problema en que nos ocupamos, y, de común acuerdo, el Ejecutivo y el Parlamento han modificado las disposiciones existentes sobre el particular, tratando de acercarse más y más al ideal anhelado.

Antes de considerar las ventajas de la institución de la Vicepresidencia en la forma en que fué creada mediante la reforma constitucional del año de 1904, creemos oportuno examinar, siquiera sea brevemente, los diversos procedimientos seguidos por las leyes del país desde la época de la Independencia Nacional, para designar los Presidentes substitutes de la República.

* * *

Sin que la primitiva Constitución de la República Mexicana, promulgada en Apatzingán á 22 de Octubre de 1814, previera una institución vicepresidencial propiamente dicha, si aseguraba por cierto modo, la substitución pacífica de la primera magistratura de la Nación, hasta donde lo permitían las circunstancias anormales por las que en aquella época atravesaba el país. Conforme á los arts. 132, 133, 151 y 152 de la mencionada Constitución, la República Mexicana, designada entonces como democrática central, poseía un Poder Ejecutivo llamado "Supremo Gobierno," compuesto de tres individuos, designados por el Congreso, que se turnaban por cuatrimestres en la Presidencia, y que, electos por tres años, se renovaban cada año por terceras partes.

Sin detenernos á considerar la evidente ineficacia gubernativa de tan singular *triumvirato*, si podemos asegurar que en él la substitución presidencial estaba implícitamente determinada, ya que en cualquiera ausencia del dignatario en funciones, entraría á substituirle el miembro del "Supremo Gobierno" designado ya para fungir el cuatrimestre subsiguiente.

La Constitución de 4 de Octubre de 1824, que de hecho fué la primera digna de tal nombre y la primera también que tuvo aplicación efectiva, convirtió la República en democrática federal, y en sus arts. 74, 75, y 79 á 95, prescribió que el Poder Ejecutivo se depositara por cuatro años en un individuo, titulado Presidente, cuyas faltas supliría un Vicepresidente: siendo electos ambos funcionarios por las Legislaturas de los Estados, mediante la designación de dos candidatos por cada Estado y la remisión de las listas respectivas al Congreso General, para el cómputo de los votos y la decisión de la elección en caso de empate.

La complicación del sufragio en la forma reseñada, tornaba asaz difícil la práctica realmente democrática y sin duda era germen de futuros desórdenes, pues dejaba ancha puerta abierta á las intrigas locales y ofrecía múltiples pretextos para que, en un momento dado, algunos Estados desconociesen á los supremos mandatarios de la República y provocasen conflictos y dificultades, como en efecto los provocaron repetidas veces. Pero el precepto constitucional tenía, no obstante, una inapreciable ventaja, aun cuando, por lo que dejamos dicho, tal ventaja sólo existiese teóricamente: la oportuna elección, explícita, franca y terminante, de un ciudadano que supliese las faltas del Presidente de la República.

En las siete leyes constitucionales de 29 de Diciembre de 1836, se había previsto la substitución del Presidente, confiándose temporalmente la primera magistratura al Presidente del Consejo de Ministros. Esta práctica, renovada posteriormente, como veremos más tarde, en la penúltima reforma constitucional referente á la Vicepresidencia, tenía el inconveniente de poder ser eficaz sino muy transitoriamente, en razón de que siendo el Presidente del Consejo designado por nombramiento del Ejecutivo y no por elección popular, podía darse el caso de que, fundada en los principios democráticos, la Nación escatimase su obediencia y su confianza á un Jefe del Estado que no hubiese sido electo por ella y cuyo poder tuviese por origen la discutible justificación de un simple nombramiento anterior.

Las Bases Orgánicas de 12 de Junio de 1843, no modificaron de modo sensible la práctica establecida por las leyes anteriormente citadas, en lo

Nations governed by republican institutions, have always had before them and are still face to face with an important problem, the solution of which is as delicate as momentous: that of the normal and peaceable substitution of the Chief Executive of the Nation, when the citizen elected to fill such high office, according to the Constitution, cannot, for some reason or other, serve the full legal term of his administration or is compelled to temporarily leave the Presidency of the Republic.

And if the above has been a hard problem for all nations governed by a republican regime, whatever their conditions of culture, administrative experience and national temperament may be, it is of a marked importance for the republics of Latin America, the political disturbances of which, during their life of self government, have been caused as a general rule by the substitution of the Chief Executive of the Nation.

The Republic of Mexico, which has entered into an open path of peace and progress and which has understood that the noblest duty of its citizens consists in maintaining such condition of quietude, which has been so fruitful and beneficial for the public welfare; preparing itself judiciously for such events as may happen; removing all the obstacles which appear to oppose the indefinite maintenance of peace, and foreseeing the dangers for future disturbances on account of its deficient political organization as well as of the imperfect ethical maturity of its people, has not hesitated to face in earnest the problem in question, and, acting in mutual accord, the Chief Executive and Congress, have amended the provisions existing upon the subject, with a view to approaching more and more the desired ideal.

Before considering the advantages of instituting the Office of Vice-President, according to the form in which the same was created through the amendment made to the Constitution in 1904, we consider it advisable to examine, though briefly, the different proceedings followed by the laws of the country, since the date of National Independence, in order to select the persons who were to substitute the President of the Republic.

* * *

Although the original Constitution of the Republic of Mexico, promulgated at Apatzingan, on October 22, 1814, did not provide for the institution, in terms, of the office of Vice-President, it did, however, insure in a certain way the peaceable filling of the office of Chief Executive of the Nation, in so far as the abnormal conditions of the country at that time permitted. According to Articles 132, 133, 151 and 152 of the above mentioned Constitution, the Republic of Mexico, then considered as a democratic central government, was formed by an Executive Power, called the "Supreme Government," vested on three persons, appointed by Congress, who held the office of President in alternate periods of four months each, and who, having been elected for three years, were renewed one at the time at the end of every year.

Without stopping to consider the administrative deficiency of such singular *triumvirate*, we can say, however, that according to the same, the question of presidential succession was implicitly determined, since during the disability or absence of the dignitary in power, the latter would devolve on the member of the "Supreme Government" who had already been appointed to serve during the following quarter.

The Constitution of October 4, 1824, which was in fact the first one worthy of the name, and the first, also, which had an effective application, converted the Republic to the form of a democratic federal government, and its Articles 74, 75 and 79 to 95, provided that the Executive Power be vested for four years in one person, named President, whose vacancy would be filled by a Vice-President: both functionaries being elected by the Legislatures of the States, through the selection of two candidates by each State and transmitting the lists of votes to the National Congress, for the purposes of counting the same and deciding upon the party elected in case of an equal number of votes on each side.

The complications of suffrage, according to the above form, made it difficult to apply the practice of real democracy and it was undoubtedly a source for future disorders, as it left the door open for all kinds of local schemes and offered many pretexts, at a given moment, for some States to ignore the Supreme Power of the Nation and provoke conflicts and difficulties, which, as a matter of fact, they repeatedly caused. But the constitutional principle had, however, a valuable advantage, although the same, on account of the above reasons, existed only in theory, which advantage was the opportune, explicit, frank and forcible election of a citizen to fill the vacancy of the office of President of the Republic.

The seven constitutional laws of December 29, 1836, provided for the substitution of the President, whose power devolved upon the Prime Minister of the Cabinet. This practice, which was renewed later, as will be seen hereinafter, with respect to the next to the last constitutional amendment relative to the Vice-Presidency, has the disadvantage of being efficient only in a transitory way, by reason of the fact that the Prime Minister was appointed by the Chief Executive and not by popular vote, which would cause the Nation, according to the principles of democracy, to show less obedience to and have less confidence upon a Chief Executive who had not been selected by said nation, and whose power originated from the simple appointment made at an earlier date, the justification of which may be doubtful.

The Organic Bases, dated June 12, 1843, did not in a tangible way modify the practice established by the above mentioned previous laws, with